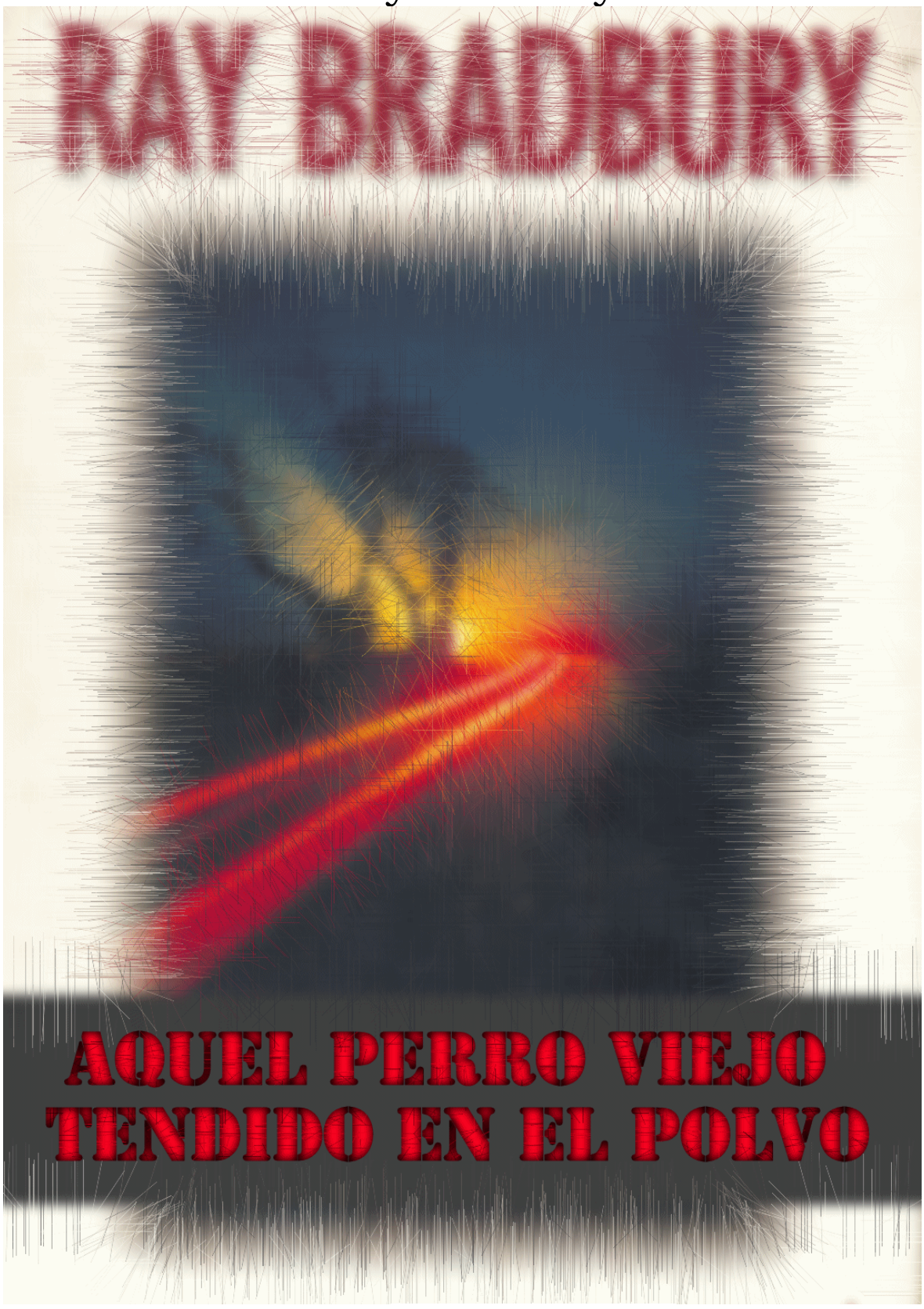
Aquel perro viejo tendido en el polvo
Ray Bradbury



Digitalizado por LIBROdot.com
http://www.librodot.com

AQUEL PERRO VIEJO TENDIDO EN EL POLVO

RAY BRADBURY

DICEN QUE MEXICALI YA NO ES COMO ANTES. DICEN QUE ahora hay mucha gente, que tiene más luces, que las noches no son tan largas y que los días son mejores.

Pero yo me niego a ir a comprobarlo.

Porque recuerdo lo pequeña y solitaria que era Mexicali, semejante a un perro viejo tendido en el polvo en medio de la ruta, que sólo meneaba la cola y sonreía con sus ojos marrones oxidados cuando alguien llegaba haciendo sonar la bocina.

Pero por sobre todo recuerdo perfectamente un circo mexicano de una sola pista, perdido en el tiempo.

A fines del verano de 1945, cuando la gran guerra que se libraba en algún lugar del otro mundo llegaba a su fin, y se racionaban los neumáticos y la nafta, un amigo me llamó para preguntarme si quería ir a dar un paseo a Calexico, más allá del lago Salton.

Nos dirigimos al sur en un destartalado auto modelo A que comenzó a echar vapor y a rezumar agua con herrumbre cuando nos detuvimos en aquella calurosa tarde para refrescarnos en los fríos canales que irrigaban el campo, transformando el desierto de la frontera mexicana en una pradera.

Esa noche cruzamos la frontera y comimos una sandía helada en uno de esos puestos de la calle franqueados por palmeras donde las familias enteras se reúnen felices a conversar a viva voz mientras escupen las negras semillas.

Descalzos, recorrimos el pueblo fronterizo a oscuras, pisando el suave talco marrón de sus calles de tierra y de verano.

En una esquina nos envolvió un caluroso viento de polvo. Allí estaba el pequeño circo mexicano de una sola pista: una carpa vieja, perforada por polillas, con unas cuantas heridas en su haber, que parecía sostenerse desde el interior por un conjunto de antiguos huesos de dinosaurio.

La música era ejecutada por dos bandas.

Una provenía de una victrola que hacía zumbar *La cucaracha* desde dos negros parlantes funerarios sepultados en las copas de los árboles.

La segunda banda era de carne y hueso, magra y esquelética. Estaba integrada por el músico que tocaba el tambor y que ejecutaba su instrumento como si estuviera asesinando a golpes a su mujer, por quien tocaba la tuba, que parecía hundido y triturado por los serpentines de bronce, por el responsable de la trompeta inundada de saliva avinagrada y por el percusionista cuyos espasmos efervescentes ametrallaban a diestra y siniestra: a los músicos vivos y a los muertos. La respiración boca a boca que exhalaba el conjunto traía a nuestros oídos la melodía de *La raspa.*

Ante estos dos calamitosos augurios, mi amigo y yo atravesamos la calle barrida por ráfagas calurosas, acompañados por miles de grillos que jugueteaban en la botamanga de nuestros pantalones.

El hombre que vendía los boletos se desgañitaba en el micrófono embebido en saliva. ¡Volcanes de payasos, camellos, acróbatas de trapecio están a punto de hacer su erupción sobre los presentes! ¡No se lo pierdan! ¡Piénsenlo!

Lo pensamos. En medio de una muchedumbre de jóvenes y viejos,

elegantes y desaliñados, corrimos a comprar losboletos. En la entrada, una diminuta mujer con inmensos dientes blancos como teclas de piano freía tacos y cortaba los boletos. Bajo su chal descolorido, la luz de las estrellas refulgía con el brillo rutilante de las lentejuelas. Yo sabía que pronto mudaría sus alas de polilla para convertirse en mariposa. Ella advirtió mi pensamiento y se rió. Cortó un taco por la mitad y me lo ofreció, entre carcajadas.

Fingí indiferencia y entré comiendo mi porción de la entrada.

En el interior había una pista alrededor de la cual se desplegaban trescientas butacas de listones sagazmente diseñadas para quebrar la espina dorsal de las endebles criaturas de llanura, como nosotros. Cercando la pista se encontraban más de veinte mesas y sillas desvencijadas donde se sentaban los aristócratas del pueblo enfundados en sus trajes oscuros del color del palo dulce y atildados con sus corbatas negras. Allí también se sentaban sus dignas esposas y sus hijos, incómodos por tanta meticulosidad y bien calladitos como se merecen los dueños de la tabaquería, de la tienda donde se despachan bebidas alcohólicas o del mejor taller mecánico de Mexicali.

La función comenzaría a las ocho o en cuanto se colmara la capacidad de la carpa. Por extraña fortuna, se llenó a las ocho y media. Las piezas musicales hicieron saltar los fusibles. Sonó un silbato y los músicos, apostados afuera, arrojaron al suelo sus instrumentos y salieron corriendo.

Volvieron a aparecer en escena, algunos vestidos con trajes de fajina para arrastrar las sogas, otros disfrazados de payasos para hacer piruetas en la pista.

El vendedor de boletos entró vacilante, trayendo consigo la victrola que colocó sobre la plataforma de la banda ubicada cerca de la pista. Entre una llovizna de chispas y pequeñas explosiones, la enchufó, miró a su alrededor, se encogió de hombros, puso un disco y apoyó la aguja. Podíamos presenciar una banda en vivo o acróbatas y artistas de trapecio. Habíamos elegido la última opción.

El inmenso circo dio comienzo a su función... pequeña.

Ahora un tragasables se introducía una espada, rociaba querosén lanzando una ráfaga de llamas y, para su asombro, le arrancaba aplausos a cinco niñas.

Tres payasos se empujaban y rebotaban entre sí en el centro de la pista ante un doliente silencio.

Luego, gracias a Dios, saltó al escenario una mujer pequeña.

Reconocí ese fulgor de lentejuelas. Me senté de un salto. Yo conocía esos dientes vastos, esos ojos marrones y vivaces. ¡Era la vendedora de tacos!

Pero ahora se había transformado en...

Una malabarista de barriles de cerveza.

Se acostó boca arriba, pegó un grito, el tragasables le lanzó un barril de color rojo, verde y blanco, que ella hábilmente atrapó con sus piececitos cubiertos por unas zapatillas blancas de ballet. Lo hizo girar al compás del ritmo feroz de un disco de John Philip Sousa que salía de la gran lona de la carpa con el zumbido de un gigantesco matamoscas metálico. La mujercita empujó hacia arriba el barril que, girando como un remolino, alcanzó unos seis metros de altura. Cuando se precipitaba

carrera abajo para aplastarla, ella desapareció.

-¡Eh! *¡Ánclale! ¡Vamos!*

Afuera, en la noche polvorienta se aprestaba el colosal desfile, cuyos integrantes se apiñaban como un corse sobre un cuerpo gotoso. Un reducido grupo de hombres se encontraba apoyado contra lo que parecía ser un camello irritable, junto a los puestos que vendían sandía. Me pareció oír que el camello los maldecía. Vi que sus labios se movían para lanzar escupitajos obscenos. ¿Estaban colocándole a aquella bestia un cinturón alrededor del estómago? ¿Tenía múltiples hernias?

Pero ahora uno de los que arrastraban las sogas saltó sobre la plataforma, se embocó un fez rojo en la cabeza y tocó una melodía lastimera en el trombón. Un nuevo disco trompeteó como una horda de elefantes.

Entre una nube de polvo, comenzó el gran desfile, con la participación protagónica de unos diez millones de grillos que no tenían nada más interesante que hacer.

El que lideraba el desfile era un burro guiado por un muchacho de catorce años vestido con un overol azul y un turbante propio de *Las mil y una noches* que casi le cubría los ojos. Luego entraron a la carrera seis perros que no cesaban de ladrar. Supuse que los perros, al igual que los grillos, aburridos de estar echados en la esquina, prestaban sus servicios todas las noches en calidad de voluntarios. De cualquier modo allí estaban, corriendo de un lado a otro, mirándonos por el rabillo para confirmar que los estábamos admirando. Por supuesto que les estábamos prestando atención y eso los enloqueció. Dieron cabriolas, aullaron y bailaron hasta que sus lenguas quedaron colgando como brillantes corbatas de color rojo.

Por primera vez el público estalló entusiasmado. Rompimos todos juntos en gritos y aplausos. Los perros estaban frenéticos y salieron de escena, mordiéndose la cola.

Luego apareció un caballo viejo con un chimpancé montado sobre su lomo, que al meterse el dedo en la nariz y exhibir los resultados, arrancó un estruendoso aplauso de los niños.

Y a continuación, la parte más majestuosa del vasto desfile del sultán:

El camello.

Era un ejemplar de la alta sociedad.

Lo que significa que, a pesar de que tenía las costuras emparchadas, cosidas y pegadas con fragmentos de hilo amarillento *y* cáñamo viejo, jorobas fofas, flancos gastados *y* encías sangrantes, tenía el aspecto propio de quien piensa: "Yo huelo mal, pero ustedes huelen aun peor". Es decir, esa máscara de absoluto desprecio que las mujeres de edad acaudaladas comparten con los dromedarios moribundos.

Mi corazón dio un vuelco.

Sobre el lomo de la bestia y con la exclusiva responsabilidad de exhibir los oropeles, estaba la pequeña mujer que se había ocupado de recoger los boletos, vender los tacos, hacer malabares con los barriles de cerveza y ahora…

Era la Reina de Saba.

Con una sonrisa de faro dirigida a todos los asistentes, saludaba

mientras viajaba entre saltos por la pleamar y bajamar de las jorobas del camello.

No pude contener un grito.

Porque, en la mitad de la pista, agobiado por el terremoto de la artritis, el camello cayó desplomado.

Como si le hubieran cortado los tendones.

Con una mirada ridícula y una sonrisa que clamaba perdón, el camello se derrumbó como una pared de lona y estiércol.

Al caer, chocó contra una de las mesas que rodeaban la pista. Las botellas de cerveza se hicieron añicos entre el elegante director de la funeraria, su histérica mujer y sus dos hijos divertidos por este episodio, que narrarían una y otra vez durante el resto de sus días.

La mujercita de los grandes dientes se hundió con el acorazado del desierto, mientras agitaba la mano con valentía y sonreía implorando su perdón.

De alguna manera logró retenerse en el lugar. No cayó dando volteretas ni quedó aplastada. En cambio, fingió que no había ocurrido nada fuera de lo previsto y continuó saludando y sonriendo mientras los distintos acarreadores de sogas, ejecutantes de trombones y trapecistas, a medio vestir o a medio desvestir, corrían a aporrear, patear, cachetear y escupir a la bestia de los ojos giratorios. Mientras tanto, el resto del desfile avanzaba rodeando la pista y sorteando el sitio del derrumbe.

Hacer que el camello se recompusiera y juntara las patas, el lomo y el cuello desparramados era como levantar una tienda árabe en medio de un huracán. En cuanto estos sudorosos arquitectos ponían en su lugar una pata y la atornillaban a tierra, la otra pata se quebraba y se desmoronaba.

Las jorobas del camello apuntaban lunáticamente hacia direcciones opuestas. La pequeña mujer seguía montada con gallardía. La banda metálica del fonógrafo pulsaba su música y por fin el camello quedó armado. El gran rompecabezas de mal aliento y piel cubierta de cintas adhesivas se alzó y echó a andar lentamente, herido, ebrio y desaliñado, amenazando con tirar al suelo otras mesas mientras concluía su recorrido alrededor de la pista.

La diminuta mujer encumbrada en las olorosas dunas de la bestia saludaba por última vez. El público vivaba con entusiasmo. El desfile se alejó rengueando y el músico del trombón corrió a la plataforma para hacer callar la fanfarria.

Me descubrí de pie, boquiabierto y dolorido, con los pulmones extenuados de tanto alentarlos con gritos, que no oí que salieran de mí. Observé que muchos otros, al igual que yo, habían quedado atrapados por la desesperación de aquella mujer y la vergüenza del camello. Ahora todos nos sentamos y nos miramos con orgullo, embelesados ante semejante final feliz. La banda volvió a ingresar arrastrando los pies, luciendo charreteras doradas en sus trajes de fajina e hicieron sonar bombos y platillos.

-¡Sí, la Gran Lucrecia! ¡La Mariposa de Berlín! -gritó el maestro de ceremonias, que por primera vez aparecía por entre las mesas, ocultando la trompeta por detrás -¡Y con ustedes, Lucrecia!

Lucrecia apareció danzando.

Pero por supuesto no era sólo Lucrecia que danzaba sino también la pequeña Melba *y* Roxanne *y* Ramona González. Con muchos sombreros e innumerables disfraces, corría con su vasta sonrisa de piano. "¡Bravo, Lucrecia!", pensé.

Oh, mujer que monta camellos que se desploman. Oh, mujer que hace malabares con barriles de cerveza y vende tacos...

Oh, mujer que mañana conducirá uno de esos camiones de latón endeble que plagan el desierto mexicano como langostas rumbo a un solitario pueblo habitado por doscientos perros, cuatrocientos gatos, mil velas, doscientas lamparitas

de cuarenta vatios y cuatrocientas personas. Y de estas cuatrocientas personas, trescientas serán ancianos, ochenta serán niños y sólo veinte serán mujeres jóvenes a la espera de muchachos que nunca volverán a cruzar el desierto de donde se han desvanecido en su camino hacia San Luis Potosí, Juárez y los cauces de mares yermos, secos y convertidos en salinas. Y hacia allí enfilará el circo, empacado en unos pocos carromatos, avanzando entre sacudidas, traqueteos y tumbos por los caminos plagados de baches, aplastando desde tarántulas a frutillares, triturando desde perros lerdos a formas diversas de papel maché alquitranado que se descaman al mediodía sobre una ruta con puestos de peaje desiertos. El circo ya no mirará hacia atrás y habrá desaparecido.

"Y esta mujercita es... todo aquí", pensé. "Si llegara a morir..."

-¡Tantan! -canturreó la orquesta, con lo que me desperté de mis sueños bañados de polvo y sol.

Una hebilla o gancho plateado descendió por el cielo de la carpa colgando de una tanza. Había bajado a pescar... a la mujer.

Ella se colocó la hebilla de plata a su sonrisa.

-¡Mira! ¡Dios mío! -exclamó mi amigo-. ¡Esa mujer va a volar!

La mujer, con los bíceps de un camionero y las piernas de un ciclista de maratones, pegó un salto.

Dios la balanceaba, desde Su larga tanza, zumbando hacia el cielo de la oscilante carpa.

La música ascendía con ella.

Los aplausos hacían vibrar el aire.

-¿A qué altura te parece que está? -preguntó con voz queda mi amigo.

No me atreví a contestar. A seis metros, tal vez ocho. Pero en esa carpa, con esa gente y en esa noche, parecía que flotaba a treinta metros de altura.

Y luego, la carpa comenzó a agonizar. O mejor dicho, la sonrisa comenzó a derribar la carpa.

Lo que equivale a decir que los dientes de la diminuta mujer aferrados a la hebilla plateada y tironeando hacia el centro de la Tierra hicieron gruñir los postes del circo. Los alambres se encresparon mientras la lona martillaba como un tambor.

El público observaba sin aliento.

La Mariposa giraba y se arremolinaba en su refulgente capullo desplegado.

Pero como un peludo mamut exhausto de acarrear sus propios huesos, la antigua carpa cedió y se inclinó, deseosa de caer desplomada

y por fin echarse a dormir.

Los hombres a cargo de la soga que había lanzado por los aires a la Sonrisa, los Dientes, la Cabeza y el Cuerpo de esta valiente y musculosa muchachita a una altura de cinco o seis metros ahora miraban con espanto. Los postes se vendrían abajo y la lona ahogaría para siempre sus insignificantes vidas. Sus ojos se volvieron hacia el maestro de ceremonias, que no dudó en sacudir su látigo y gritar: "¡Más alto!", como si hubiese posibilidades de subir más. Ya estaba casi rozando el techo de lona y todos los postes vibraban, se sacudían y se inclinaban. La orquesta lanzó una única nota que parecía dispuesta a invocar a los malos espíritus de los vientos. Y el viento sopló. Afuera, en la noche, el seco Santa Ana arribó, levantó las faldas de la carpa, hizo asomar la noche por debajo, echó una vasta ráfaga de aire salido del horno sobre nosotros, acompañado de polvo y chicharras, y se extinguió.

La carpa tronó y un escalofrío recorrió a la muchedumbre.

-¡Más alto! -gritó el maestro de ceremonias, en una muestra de valentía-. ¡Final del acto! ¡He aquí, la Gran Lucrecia! -Luego, murmuró en un aparte explosivo: -Lucy, vámonos.- Lo que significaba: Dios duerme, Lucy. ¡Baja, ya!

Pero ella, en un acto de impaciencia, hizo una torsión, un rizo con su musculoso cuerpito estilo Mickey Rooney y le vantó sus alas. Se transformó en un furioso avispón dispues to a hacer un gran papel. Giró más rápido, mientras se despojaba de sus sedas. La banda comenzó a tocar la danza de los siete velos. Con zumbidos de látigo, arrojaba capa tras capa de velos rojos, azules, blancos y verdes. En una serie de deslumbrantes metamorfosis, cautivaba nuestra mirada.

-*¡Madre de Dios,* Lucrecia! -exclamó el maestro de ceremonias.

Puesto que las lonas se arquearon y exhalaron, mientras el esqueleto de la carpa emitía quejidos.

Quienes sostenían los ángulos y quienes sujetaban las sogas cerraron los ojos, gimiendo, temerosos de presenciar la insania que se ejecutaba en el aire.

Lucy-Lucrecia aplaudió. ¡Zap! Una bandera mexicana y otra estadounidense se abrieron de la nada por entre sus dedos.

La banda, al ver este acto, tocó el himno nacional mexicano (cuatro compases) y a continuación tocó dos compases del himno Francis Scott Key.

El público aplaudió y vivó a los gritos. Con un poco de suerte, la dínamo de proporciones enanas sería depositada en tierra en lugar de que fuese la carpa la que se desmoronase sobre nuestras cabezas. *¡Olé!*

Los tres hombres de la soga comenzaron a arriarla.

Tras hacerla descender unos tres metros a toda velocidad, recordaron que no había ninguna red de protección. Entonces, volvieron a sujetar la soga humeante. Se podía oler la piel ardiente de aquellos hombres. El fuego del mismísimo infierno parecía destellar de sus palmas. Sonreían con dolor.

La pequeña mujer de juguete rozó el aserrín, con la sonrisa aún aferrada a la hebilla. Se puso de pie, soltó la soga y agitó las dos banderas ante la multitud de espectadores enfervorizados.

La carpa, ya aliviada de los cuarenta kilos de músculos poderosos, pareció lanzar un suspiro. A través de los incontables agujeros de polilla en la piel de la lona gris marrón, vi que miles de estrellas titilaban en señal de celebración. El circo había logrado sobrevivir un día más.

Perseguida por una gigantesca ola de aplausos, la Sonrisa y la mujercita que la lucía corrieron por la orilla de aserrín hasta desaparecer.

Ahora: el final.

A continuación, ¡un acto que acabaría con nuestro aliento, haría desvanecer nuestra alma, destruiría nuestra cordura con su belleza, terror, peso, poder e imaginación!

Así lo anunció un sujetador de sogas vociferando por encima de los instrumentos.

El sujetador de sogas sopló su trompeta. La banda tocó con una grandiosa muestra de afecto una marcha triunfal.

El domador de leones, entre una nube explosiva de pólvora, ingresó de un salto a la pista.

Llevaba puesto un casco blanco de cazador africano, una camisa y unas polainas de Clyde Beatty y unas botas de Frank Buck.

Agitó un látigo negro y disparó su pistola para despertarnos. El aire se inundó con un inmenso brote de aromas.

Pero bajo la sombra de su casco blanco y detrás de su feroz y flamante bigote, descubrí el rostro del vendedor de boletos que se había ubicado en la entrada hacía una hora y los ojos del maestro de ceremonias.

Otro disparo de pistola. ¡Bang!

La jaula redonda del domador, hasta ahora escondida bajo una brillante lona impermeable en el fondo de la carpa, quedó al descubierto.

Los ayudantes llegaron con paso cansado, empujando una caja de madera dentro de la cual se olía la presencia de un único león. La acercaron hasta el extremo más distante de la jaula y abrieron las puertas. El domador saltó al interior de la jaula principal, cerró la puerta y disparó su arma a la puerta abierta de la caja sombría que ocupaba el león.

— Leo, *ándale* -dijo el domador.

El público se inclinó hacia adelante.

Pero… el león no apareció.

Estaba adormecido en algún lugar de aquella caja portátil.

-¡Leo! ¡ *Vamos! ¡Ándale!*[1] ¡Presto! -El domador introdujo por la puerta de la caja su látigo, como si estuviera ensartando carne en un asador lánguido.

Un inmenso plumón de melena amarilla se asomó con un quejido de irritación.

-Grrr.

Siguió un disparo junto a la oreja sorda de aquel león de antaño.

Se oyó un rugido de lo más satisfactorio y delicioso. El público resplandeció y se acomodó en sus butacas. De repente, Leo se asomó a

[1] En español en el original: *(N, de la T)*

las puertas de la caja y parpadeó ante los reflectores. Era el león más...

Viejo que jamás había visto.

Era una criatura sacada de una granja de animales jubilados del zoológico de Dublín en una desolada tarde de diciembre. Tan arrugada era su cara que parecía una ventana hecha añicos y su piel dorada era del oro viejo que, tras permanecer a la intemperie bajo una lluvia incesante, comienza a descamarse.

Que el animal necesitaba anteojos se podía adivinar al ver su parpadeo y sus guiños furiosos. Aquella misma mañana, durante su desayuno de cereales, se le habían caído unos cuantos dientes. Se le notaban las costillas bajo su piel escuálida que tenía el aspecto de una alfombra pisoteada por los pies de millones de domadores.

En su interior ya no albergaba ningún resto de furia. Carecía del menor atisbo de enojo. Sólo cabía hacer una cosa: dispararle la pistola en el orificio izquierdo de la nariz. ¡Bang!

-Leo.

¡Grrrr!, rugió el león. ¡Aay!, gritaron los asistentes. El que ejecutaba el tamboril levantó una tormenta de su instrumento.

El león dio un paso al frente. El domador avanzó otro. ¡Suspenso!

Luego ocurrió un hecho espantoso...

El león abrió la boca y bostezó.

Luego, otro episodio aún más espeluznante...

Un niño, de no más de tres años, que de alguna manera seliberó de la prisionera mano de su madre, abandonó la mesa de la elite ubicada en el borde de la pista y avanzó tambaleante por la superficie cubierta de aserrín rumbo a la monstruosa jaula de hierro. Los gritos saturaron la carpa: "¡No! ¡No!" Pero antes de que alguien atinara a moverse, el pequeño se arrojó hacia adelante muerto de risa y se tomó de los barrotes.

"¡No!", jadeamos todos al unísono.

Pero lo peor del caso fue que el niño no sacudió sólo dos barrotes sino la jaula entera.

Con el mero movimiento de sus diminutos puños de piel rosada, el pequeño amenazaba con derribar la totalidad de aquella construcción selvática.

"¡No!", gritamos todos en silencio, inclinados hacia adelante, gesticulando con las manos y las cejas.

El domador, con el látigo y la pistola en alto, aguardaba empapado en sudor.

Con los ojos cerrados, el león exhaló por su boca sin colmillos.

El niño sacudió por última vez los crujientes barrotes del temible Destino...

En el preciso instante en que su padre, en una veloz carrera, lo alzó, lo envolvió en su abrigo dominguero y se retiró a la mesa formal más cercana.

¡Bang! El público suspiró aliviado, el león rugió, avanzó en círculos persiguiendo su propia cola y se subió a un pedestal descascarado donde finalmente depositó su trasero.

Para ese entonces, la jaula sacudida había dejado de temblar.

¡Bang! El domador disparó al ancho rostro del color del Sol. El león lanzó un verdadero grito de angustia y... saltó. El domador corrió

atropelladamente y el león corrió tras él. El hombre alcanzó la puerta de la jaula, con el animal pisándole los talones. Los asistentes chillaban. El domador abrió la puerta de par en par, giró sobre sí mismo, disparó ¡bang! ¡bang!, y salió, trabó la puerta, dejó caer su peluca, arrojó al suelo la pistola, agitó el látigo y nos miró con una sonrisa que parecía devorarnos a todos nosotros.

El público rugió de pie, imitando a la bestia de la jaula. ¡Grrrooo!

La función había concluido.

Afuera, en la noche plena de grillos saltarines, vientos polvorientos y semillas de sandía, las dos bandas tocaban su música afuera y el público se retiraba. Mi amigo y yo permanecimos sentados durante un largo rato hasta que estuvimos prácticamente solos en la carpa carcomida por polillas, a través de la cual se veía cómo las estrellas formaban nuevas y refulgentes constelaciones, que continuarían destellando sus pequeños y extraños fuegos durante la noche. La carpa batía sus alas en el caluroso viento de los antiguos aplausos. Por fin salimos con el último grupo de personas, en silencio.

Nos volvimos para mirar otra vez la pista desierta y la tanza en lo alto donde la hebilla plateada aguardaba la próxima aparición de la Sonrisa.

Sentí que alguien colocaba un taco en mi mano y alcé la vista. Allí, frente a mí, estaba la diminuta mujer que montaba camellos desarmables, hacía malabares con barriles, cortaba boletos y se transformaba de polilla en mariposa cada noche en aquel cielo pequeño. Su Sonrisa estaba próxima, sus ojos buscaron al cínico que había en mí y sólo encontraron a un amigo. Ambos sosteníamos el taco hasta que ella lo soltó. Con el regalo en mi poder, me marché.

Cerca, el fonógrafo tocaba *La golondrina.* Allí estaba el domador de leones, con el sudor cayéndole por la frente, que formaba un traje de luces al chocar contra su camisa color caqui. Con los labios presionados contra el megáfono y los ojos cerrados, no me vio pasar.

Bajo los árboles frondosos de polvo, doblamos la esquina y el circo desapareció de nuestra vista.

Durante toda la noche el viento sopló cálido fuera de los confines de México, llevando consigo la tierra seca. También durante toda la noche, los grillos cantaron como gotas de lluvia sobre las ventanas de nuestro bungaló.

Manejamos en dirección al norte. Durante varias semanas tuve que sacudir el polvo de mi ropa y recoger los grillos muertos alojados en mi máquina de escribir y en mi equipaje.

Y aun hoy, veintinueve años después, oigo por las noches aquel circo con una sola pista y dos bandas, una real y otra hecha de discos que saltaban entre un hipo y otro, a lo lejos, en medio de un tórrido Santa Ana, y me despierto y me siento en la cama. Estoy solo. El circo ya no está.